

leyendas la adoración del hombre á los órganos sexuales (1); ora se nos presenta por todas partes con la prostitución religiosa de la mujer en templos destinados á ese objeto; ora vemos al pueblo escogido de Dios adorando á un Jehová, que ordena la matanza sin piedad de viejos, niños y mujeres en las ciudades conquistadas (2) y que como todos los Dioses de la antigüedad que la ley de las Doce Tablas concede á los acreedores, y la cual existía ya en la primitiva raza aria.

[1] Véase á Baissac *Les Origines de la Religion* donde se verá lo universal que fué el culto fálico.

[2] “Es [dice Renan] extraño el contraste entre estas costumbres de pieles rojas reproducidas con aterradora simplicidad en la antigua historia israelita [libro de los Jueces y Josué] y el cuadro de la vida patriarcal tan noble, tan humano y tan puro trazado en el Génesis. Ciertamente este cuadro es muy ideal para que se pueda creer que no ha sido embellecido. Pero una nación que tiene una tierra que conquistar ó defender es siempre más cruel que la tribu que aún no se adhiere al suelo; y así sucede que gentes excelentes mientras viven en familia, se hacen malvadas luego que forman un pueblo. Además, parece que la vida antigua al complicarse trajo crueles durezas. En el desierto Yahave no es sino un Dios nómada, un Dios sin tierra que no dispone de un distrito propio. Ahora ha conquistado una tierra que ha dado á sus servidores, y no se trata de saber si es justo ó nó; favorece á Israel y esto basta. Israel es ya una nación y tiene todos sus defectos. La esencia de una nación es de creer que el mundo entero existe para ella (Dieu protege la France), que Dios no se ocupa sino de ella. En tanto que duró el viejo elhoismo, este peligroso nombre de Yahvé no tuvo consecuencia; pero todo cambió cuando Yahvé se convirtió en un Dios local, patriota, nacional. Este nuevo Yahvé no es la antigua fuente de la fuerza y de la vida en el mundo; es un político asesino, un Dios que favorece una pequeña tribu *per fas et nefas*. Todos los crímenes van á ser cometidos en nombre de Yahvé. Las ciudades conquistadas ó sitiadas son heridas del terrible *herem*, (anatema) y todo es permitido en ellas en nombre de Yahvé. Una tal revolución está en la naturaleza de las cosas y la hemos visto en nuestros días. La Alemania por la alta filosofía salida de sus entrañas, por la voz de sus hombres de genio había proclamado me-

vebe sangre de sacrificios de hombres y de animales; ora es el derecho de vida y de muerte que tiene el padre sobre sus hijos, esclavos y esposas; ora es la degradación de la mujer considerada como cosa, como bestia de carga, (1) objeto de tráfico mercantil ó de ominosa

por que ninguna otra raza el carácter absoluto, impersonal, supremo de la Divinidad. Y bien, cuando se ha convertido en nación, ha sido arrastrada, según los caminos de toda carne, á particularizar á su Dios. El Emperador Guillermo I en repetidas ocasiones ha hablado del *Unser Gott* (nuestro Dios) y de su confianza en el Dios de los alemanes. Es que Nación y filosofía tienen poco de común; el espíritu nacional entre otras pequenezes tiene la pretensión de creer en un Dios que le pertenece. *Yahvé Elohenou* dice el isrealita; *Unser Gott*, dice el alemán; *Dios protege la Francia*, dice el francés; (podía agregar Renan: *La Virgen de Guadalupe escogió á México, non fecit taliter omni nationi*, dice el mexicano). Una nación es siempre egoísta; quiere que el Dios del cielo y de la tierra no tenga otro pensamiento que sus intereses. Bajo uno ú otro nombre, se cree en dioses protectores. El cristianismo encontró á este propósito dificultades en la rigidez del dogma; mas los instintos del pueblo se sobrepusieron. El catolicismo ha escapado á las cadenas ortodoxas por los santos (y por las advocaciones á la virgen, podía agregar Renan): San Jorge, San Dionisio, San Jacobo son los paralelos de Camon y Yahvé; y en nuestros días se ha visto el Sagrado Corazón empleado de un modo análogo. El protestantismo, como el judaísmo, no tiene otro recurso en iguales casos que el pronombre posesivo *Unser Gott*. ¡Estraña contradicción, horrible blasfemia! Dios no es poseído exclusivamente por pueblo alguno, ni por ningún individuo. Equivaldría á decir: *Mi absoluto, mi infinito, mi Sér Supremo.*”

(1) Los esfuerzos que han hecho los teólogos para desnaturalizar el sentido de la palabra *móhar* expresando el precio por el que los hebreos *compraban* á la esposa, han sido inútiles. El matrimonio en el pueblo escogido, como en todos los pueblos, comenzó por considerarse á la mujer como mercancía. Véase Oncken *Historia universal del pueblo de Israel* por Stade, Libro séptimo, pfo. II, Véase también en ese mismo lugar la grosería de las primitivas ideas sobre el *alma* y la evolución que sufrió esta idea y todas las ideas religiosas de ese pueblo, igual á la evolución religiosa de todos los otros pueblos. Res-

servidumbre; ora finalmente la impotencia del espíritu para conocer la fraternidad humana, impotencia que hacía imposible estender el sentimiento de justicia hacia el extranjero, hacia el bárbaro, hacia el que no formaba parte de la tribu, de la ciudad, de la nación cuyo exclusivismo religioso, político y jurídico se refleja tan enérgicamente en la fórmula terrible del derecho romano: *adversus hostis aeterna auctoritas esto*. (1)

pecto de sacrificios humanos, véase en dicha obra y libro el párrafo VI; y en cuanto á destrucción y matanza de los vencidos, véanse entre otros pasajes llenos de crueldad bárbara el *Deuteronomio* XX, 10-18.

(1) ¿Hay (dice Spencer, *Principios de Sociología*) alguna excepción á esta generalización, según la que todas las creencias religiosas han tenido un origen natural y supersticioso? ¿Podemos admitir que entre las numerosas religiones con sus formas y elaboraciones diversas que tienen este origen común, hay una que tiene un origen diferente? ¿Debemos decir que todas las religiones son naturales, pero que la de los hebreos, que se nos ha transmitido modificada, es sobrenatural? Si para contestar á esta pregunta comparásemos esta religión que se supone excepcional con las otras, no la encontrásemos de tal modo diferente de las otras que sea preciso asignarle una génesis distinta; al contrario, la encontramos muy semejante á todas las otras. En primer lugar, el plasma de supersticiones en medio del que ha evolucionado la religión de los hebreos, era de la misma naturaleza del que encontramos por *todas partes*. Sin duda, durante la era de la vida nómada la creencia en una alma dotada de una vida permanente no se había desenvuelto, pero encontramos la creencia en la *realidad* de objetos vistos en el sueño y más tarde nos encontramos con la suposición de que los muertos escuchan y contestan. La propiciación de los muertos la obtienen los hebreos hiriéndose la cara y cortándose el cabello; presentan alimentos á los muertos; los demonios entrando al cuerpo de los hombres son causa de enfermedades; son muy crédulos como los salvajes actuales en amuletos, hechizos y exorcismos; tenían persomas que hacían el oficio de hechiceros, esto es, hombres inspirados por *espíritus familiares* (Isaías VIII-19) y otros positivamente llamados videntes y después profetas (I Samuel IX-9) á quienes se hacían regalos en recompensa de sus consejos

77. Así, la historia primitiva de la humanidad, sus monumentos, sus reliquias universales, sus reminiscencias todas confirmando lo que nos enseñan las leyes científicas de la psicología, de la antropología, de la filología, nos han presentado el género humano en esa vida inicial como forzosa, indeclinable, naturalmente condenado á explicarse la naturaleza por un grosero super-

aun para encontrar lo perdido; Samuel que evoca el trueno y la lluvia desempeña en aquella época el papel de doctor, personaje que encontramos aun en ciertas partes del mundo. Los hebreos tenían ciertas tradiciones comunes con los otros pueblos; su leyenda del diluvio es de la misma familia que la de los Acadios y de los Indios entre quienes Sathapata-brahamana nos enseña que Manou recibió de Vichnou la orden de construir una arca para escapar á la inundación que tuvo, lugar como había sido predicha, y *arrebató á toda creatura viviente*; solo Manou sobrevivió. La historia del nacimiento de Moisés tiene su congenera en una leyenda asiria donde vemos lo que sigue: "Yo soy Sarquia, el Gran Rey, mi madre me llevó á un lugar secreto, me puso en un canasto de juncos, me arrojó al río," etc. Lo mismo pasa con el calendario y los ritos que prescribe. Los meses asirios eran lunares, el octavo, el décimo cuarto, el vigésimo primero y el vigésimo octavo eran sábados, y en estos sábados toda obra aun las de beneficencia, estaba prohibida. Lo mismo pasa con la teología hebrea. El título común de *Elohim* se aplicaba á la vez á personas vivas de distinción, á espíritus ordinarios y á espíritus superiores á Dio. Esto quiere decir que entre los hebreos, como entre los egipcios y como entre todos los pueblos un Dios no es sino un ser poderoso de una existencia visible ó invisible. La palabra egipcia *Nutar* empleada para designar á los Dioses, se empleaba también para designar la fuerza; lo mismo que *El* entre los hebreos, se aplicaba á los héroes igualmente que á los dioses de los gentiles. De estas creencias ha salido, como en todos los otros casos, la propiciación ó el culto de diversos seres sobrenaturales; el politeísmo. Abraham era un semidios á quien se hacían plegarias. "Ellos han sacrificado á los diablos y no á Dios; á dioses que no conocían, á dioses recién venidos y que no han temido nuestros padres." (Deut XXXII-17) La creencia en otros dioses distintos de Jehová permaneció mucho tiempo; Salomón

naturalísimo, á convertir en agentes voluntarios y en divinidades particulares todos los fenómenos del universo, á atribuir á esos agentes sus propias pasiones, sus propios sentimientos, sus propias ideas. En todas partes el instinto de conservación y la lucha por la vida informándose en trabajos rudísimos y crueles y aliándose con la desoladora ignorancia primitiva del es-

les ofreció sacrificios y los profetas lo denunciaron, y aun después que Jehová llegó á ser el gran Dios reconocido, las ideas permanecieron en el fondo politeístas. En efecto, lo mismo que en la Iliada (vers. 1000-1120) combaten los dioses y las diosas con la espada y la lanza en las batallas al lado de los mortales cuyas querellas impulsan; del mismo modo los ángeles y los arcángeles del panteón hebreo combaten sobre la tierra; é ideas análogas se encuentran en los salvajes de nuestros días. Puesto que Jehová en su origen es un Dios como tantos otros y que se ha hecho el Dios supremo, véamos qué naturaleza le atribuyen los antiguos testimonios. Sin detenernos en las leyendas del Jardín del Edén sacadas probablemente de los Acadios, donde se ve á Dios andar y hablar á la manera de los hombres, ni en la época en que el Señor vino á ver la ciudad y la torre que edificaban los hombres, podemos reconocer hechos tales como la lucha de Jacob con Dios y la conversación de Dios con Moisés cuando el Señor le habló cara á cara como un hombre habla á su amigo. Estos ejemplos y otros muchos demuestran que entre los hebreos de los primeros tiempos Jehová el fuerte, el hombre de guerra, habiendo sido en su origen un potentado local (como los que se llaman dioses entre los beduinos) fué más tarde considerado como el más poderoso de los espíritus adorados. Desde luego, se le ve en los altos lugares donde se les ofrecían sacrificios (Leyes XII-3) en aquellos en que se tenía costumbre de enterrar á los muertos de rango superior. . . . Además, el Dios de las batallas que castigaba tan cruel y frecuentemente la desobediencia, era evidentemente un Dios local, el Dios de Israel. El precepto *tú no tendrás otro Dios en mi presencia*, no quiere decir que no otros hay dioses, sino que los israelitas no deben reconocer su autoridad. La idea de que el Dios hebreo no era el solo Dios existente se encuentra implicada en la palabra *nuestro* Dios. La autoridad de Jehová no era solamente limitada en extensión, sino en grado. No

píritu ha tenido que informarse también en sentimientos profundamente egoístas, en prácticas bárbaramente inhumanas, en creencias religiosas groseramente supersticiosas, en fórmulas y ritos jurídicos impregnados de crueldad y barbárie.

78. En todas partes el hombre ha reflejado la pobreza y desnudez de su alma y la pobreza y desnudez

se le atribuía la omnipotencia. Sin olvidar el fracaso de la tentativa para matar á Moisés, citemos las derrotas sufridas por los israelitas cuando combatían por su consejo, por ejemplo, en las dos batallas dadas á los Benjamitas y el combate contra los filisteos cuando el arca de Dios fué tomada. Testimonio más fuerte aún; aunque el Señor viene en ayuda de Judá, no puede arrojar á los habitantes del valle, porque ellos tenían carros de fierro. Es decir, que su poder tenía lagunas, como el poder que otros pueblos atribuyen á sus dioses. Lagunas semejantes se encuentran en la naturaleza moral é intelectual. Jehová recibe noticias y va á cerciorarse de su verdad; se arrepiente de lo que ha hecho; es decir, que no posee la omnisciencia. No cesa de alabarse á sí mismo como lo hace un rey de Egipto ó de Asiria. Dice "yo no daré mi gloria á otro alguno" [Esaías XLVIII-11] Reconoce que es vengativo, celoso y destructor implacable de sus enemigos. Envía un espíritu de mentira á un rey para engañarlo, como Júpiter á Agamenon. (2 Chr XVIII-20) Engaña á un profeta y le hace profetizar falsamente con la intención de perderlo. (Exequiel XIV-9). Endurece el corazón de los hombres para castigar el mal que hacen. Impulsa á David á hacer el recuento de Israel, sugiriéndole un pretendido pecado por el cual puede después castigar á los que no lo han cometido, obrando así como los dioses de la Grecia que, se dice, inspiraban malas acciones y ejercían venganzas por una falta ordinariamente semejante. La forma de culto nos ofrece semejantes analogías. Sin insistir en los sacrificios humanos proyectados ó cumplidos (aunque realmente, aproximando el sacrificio de un hijo y los sacrificios de machos cabríos ó de vacas, como procedimientos de propiciación, Miqueas da á entender—ch. VI-6-9—que estas dos maneras ó formas se encontraban asociadas en el espíritu de los hebreos), basta indicar que las ceremonias prescritas en los templos tenían el mismo carácter de las de todos los pueblos. Bajo el nombre *Pan de Dios*, las

de sus medios de acción sobre el mundo exterior en sus concepciones morales y religiosas y en sus prácticas y usos jurídicos. Si hay una verdad comprobada por *toda* la historia de *todos* los pueblos es que sus ideas de *justicia* han correspondido á sus ideas religiosas, á sus ideas de la divinidad ó divinidades; y que sus ideas acerca de la divinidad han correspondido á su turno al len-

ofrendas, lo mismo que la de los dioses de Egipto y de las momias, comprendían pan, vino, carne, manteca, aceite, sangre, bebidas y frutos; otros pueblos agregaban el fuego permanente donde se quemaba el incienso. Como los egipcios y los griegos, los hebreos ofrecían hecatombes de bueyes y carneros á su Dios; algunas veces por millares (I Reyes VIII-62-64). Estaba prescrito á los hebreos emplear en los sacrificios animales sin mancha, lo mismo que entre los griegos una ley ordenaba reservar á los dioses *los más bellos toros*, y entre los peruanos era obligatorio ofrecer animales sin mancha, ni inmundicia. Las prescripciones del Levítico que reservaban á Jehová ciertas partes de animales y las otras á los sacerdotes, nos recuerdan las *fundaciones* por las que ciertos señores egipcios aseguraban á su espíritu el goce de ciertas partes de los animales sacrificados, asignando el resto á los sacerdotes de *Ka*; y no es esto todo, sino que lo mismo que los dioses de los Ouayos, espíritus de antiguos caudillos, habitaban las cimas nebulosas de ciertas montañas cercanas, lo mismo que Júpiter *que se parece á las nubes* residía en la cima del Olimpo, de donde venían las tempestades; así también el Dios de los hebreos descende de una nube sobre la cima del Sinaí entre rayos y relámpagos. La tradición, según la que Jehová dió á Moisés sobre el Sinaí las Tablas de la ley, es análoga á la tradición griega, según la que los decretos de Júpiter fueron transmitidos por Rhadamante desde el monte Ida ó desde el monte Juktas. . . . ¿Qué debemos deducir de todos estos hechos? ¿Qué debemos pensar de la unidad de carácter manifestado por las religiones en general? ¿Qué diremos del aire de familia que se revela entre la creencia cristiana y todas las otras?

Lo mismo en los individuos pertenecientes á razas civilizadas que han sido privadas de instrucción á causa de una enfermedad de los sentidos, como en varios pueblos primitivos, el espíritu no contiene concepciones religiosas. Donde quiera que existen esos rudimentos,

to desenvolvimiento de su espíritu, esto es: que el hombre en todas partes, en todos los tiempos, de todas las razas ha hecho á Dios á su imagen y semejanza, le ha dado como atributos de justicia las ideas de justicia que él mismo tenía, ha personificado sus ideales, sus sentimientos, sus concepciones filosóficas, sus aspiraciones, en la noción de la divinidad, en la palabra Dios, en el verbo

se les encuentra bajo la forma de creencia en el *doble* ó en la duplicación de los muertos y en los sacrificios á su honor [Adelante veremos citando á Fustel de Coulanges, que el origen de las religiones tiene dos procedencias: el culto de los muertos y la deificación de las fuerzas de la naturaleza]. La teoría espiritista con la práctica de la propiciación de los espíritus ordinarios sobrevive habitualmente con la creencia en seres sobrenaturales más poderosos y con las prácticas de propiciación respecto de estos seres. Ellos son desde luego designados con el mismo nombre que los espíritus ordinarios; pero gradualmente se van distinguiendo. El culto ofrecido á los pretendidos seres sobrenaturales, aun los más elevados, es de la misma naturaleza y no difiere sino por el grado de elaboración. ¿Qué hay, pues, en el fondo de estas semejanzas? ¿No resulta que, como todos los otros fenómenos sociológicos, las religiones tienen un génesis natural? ¿Haremos una excepción en favor de la religión que impera entre nosotros? Si aceptásemos que su semejanza con las otras oculta sin embargo desemejanzas trascendentales, tropezaremos ó provocaremos graves dificultades. Sería preciso admitir que la *Causa suprema* que no tiene límites en el espacio ni el tiempo, cuya creación es tan basta que nuestro sistema solar no es sino una parte infinitesimal de ella, ha tomado el disfraz y la figura humanos para hacer una alianza con un caudillo de pastores de Siria. Sería forzoso creer que esta *Fuerza* que se manifiesta siempre y en todas partes, en el pasado, en el presente y en lo porvenir, se ha atribuido á sí misma, bajo esa figura humana, no solamente el saber restringido y el poder limitado que ciertos pasajes bíblicos dan á Jehová, sino también cualidades morales que hoy harían desmerecer á un hombre. En fin, sería preciso atribuirle una intención más repugnante aun á nuestro sentido moral. En efecto, si estas numerosas analogías entre la religión cristiana y las otras no prueban que se parecen por su origen, y

de sus creencias religiosas. En una palabra, la idea de Dios y de sus atributos ha sido la obra de la conciencia humana, y como la conciencia humana comenzó por instintos salvajes, por un fetiquismo grosero, pasando luego á un conocimiento más racional de la naturaleza y á sentimientos más humanos en el orden social; la idea religiosa y la idea de justicia han ido paralelamente purificándose, ennobleciéndose, haciéndose cada día más racionales, más humanas, es decir, más *naturales*.

Expliquemos esta palabra y esta evolución (2).

desenvolvimiento, será preciso admitir que *El Sobrenatural ha querido simular absolutamente lo natural para engañar á aquellos que examinan con espíritu crítico, lo que les enseña. Serían ilusiones creadas con el propósito de extraviar á los espíritus sinceros y de exponerlos á la condenación eterna por el crimen de haber buscado la Verdad.*"

[2] Era yo muy niño cuando las controversias político-religiosas suscitadas con motivo de la Constitución de 1857, reputada herética por todo el Episcopado mexicano, conmovía á todas las conciencias y agitaba á todas las clases; y se me quedó muy gravado un argumento que entonces obispo de Michoacán D. Clemente de Jesús Munguía lanzaba contra los liberales que defendían aún en el terreno de la ortodoxia católica aquel código. Este argumento consistía en decirles, reprochándoles su ignorancia respecto de ciertos pormenores teológicos y de derecho canónico: *hay filósofos que deberían ser catecúmenos*. Es cierto, hay filósofos que deben ser catecúmenos; pero la realidad es que todos somos catecúmenos, lo mismo los juristas que los filósofos, que los teólogos, que los Doctores de la Iglesia, que los Papas y Santos Padres. Todo consiste en saber respecto en qué rama de conocimientos es uno catecúmeno. El filósofo puede ser catecúmeno respecto de pormenores y disputas dogmáticas de los teólogos católicos; pero estos á su turno son catecúmenos respecto de los sistemas teológicos del Korán, de Buda, de lo Brahamanes y de Confucio y de todas las grandes religiones profesadas por inmensas razas y numerosas naciones. Tendrán conocimientos superficiales de la *generalidad* de sus dogmas y de sus ritos; pero un conocimiento profundo de esas teologías, de sus doctrinas, de su literatura canónica, de las

disputas y escritos de esas doctrinas, de los sistemas y teorías suscitadas para conciliar esos dogmas entre sí y con la realidad de la naturaleza, (sistemas que existen en toda religión) un conocimiento así, profundo, erudito, vasto, no lo tiene ningun doctor católico, es decir, que ese doctor es *catecúmeno* en las religiones budista, brahamánica mahometana, etc., y sin embargo, se cree autorizado para condenarlas en nombre de los dogmas que él profesa, de los únicos que conoce, de dogmas que no ha comparado con sus rivales. Pues ¿por qué el filósofo no podrá ser *catecúmeno* en sutilezas, creencias y teologías, y sin embargo serle suficiente conocer los rasgos fundamentales de todas las religiones para comprender que ellas son naturales, que todas, absolutamente todas, han nacido por iguales causas *naturales*, han seguido una evolución *natural* y están regidas por leyes idénticas *naturales* del orden psicológico y del orden social? Hecha esta advertencia, se comprenderá por qué hemos ocurrido á las enseñanzas de los filósofos, y no á la de los teólogos mahometanos, ó budistas ó católicos para explicar el origen y desenvolvimiento de las ideas de justicia y religión que aparecieron íntimamente unidas, fusionadas en los primeros esbozos de la conciencia humana. Cuando se discute un problema químico se ocurre á Lavoisier; cuando se trata de una cuestión matemática se ocurre á Newton, Lagrange, Carnot; cuando se quiere estudiar física se consulta á Thomson, Rumford, Gay-Lussac; y cuando tratamos de explicar en esta obra los fenómenos sociales, las leyes que los rigen el origen y proceso de las instituciones, de las creencias y de las fórmulas jurídicas, debemos ocurrir á los que han estudiado esos fenómenos, á los sociólogos, á los historiadores, á los que han profundizado las causas *naturales* de la civilización humana y las han estudiado observando esas causas naturales sin preocupación, sin dogmas preconcebidos, independientemente de toda superstición *á priori*. Los creyentes, doctores, teólogos, etc., no estudian la *naturaleza* de los fenómenos sociales, sino los textos de los libros, ya sean estos la literatura religiosa de una raza ó las obras de viejos doctores de las Iglesias, y explican la *naturaleza* por esos textos, subordinan la ciencia, la realidad á textos susceptibles de toda clase de interpretaciones; y nosotros no queremos saber lo que pensaron del universo y sus leyes los doctores budistas, católicos ó chinos, sino saber lo que es realmente el universo y qué leyes lo rigen, y por eso ocurrimos á los que han estudiado en las páginas eternas del universo, y no en las cartas geográfico-religiosas que han hecho

de ese universo y de su historia los creyentes. Estos pueden ser genios de erudición y de talento; pero el que Platón, y Aristóteles, y Ptolomeo, y Cicerón hayan sido genios, no impide que un niño de escuela de nuestros días sepa más que ellos en geografía, astronomía y moral; el que á los doce años sepa que la tierra se mueve al rededor del sol, que la tierra es una esfera que tiene tres grandes continentes, que la esclavitud carece de fundamentos morales, etc. Hay cosas que ignoraban aquellos genios. Así, por muy grandes que sean los genios de San Agustín, San Anselmo, Tomás de Aquino, etc., eso no impide que en esa época hayan ignorado las revelaciones de la geología, de la antropología, de la lingüística y de otras ciencias que hoy explican el origen de las especies vegetales y animales, el origen de las diversas capas que forman la costra terrestre, el origen de las religiones y de las ideas morales del género humano. Hé aquí porque consultamos la *ciencia*, y no consultamos la *tradición* literaria, para conocer las leyes *naturales* del orden moral y social.

VIII.

La Evolución Religiosa.

79. Las primitivas y más arraigadas ideas del género humano han sido y han debido ser forzosamente religiosas; el hombre ha debido poblar el universo de Dioses, ha debido deificar á la naturaleza entera, ha debido explicarse y se explicó los fenómenos desconocidos del mundo físico y social por la intervención directa de agentes sobrenaturales, ejerciendo acción misteriosa sobre todos los seres y sobre los destinos del hombre. Las religiones todas han sido y siguen siendo efecto natural de la constitución del espíritu y obra espontánea de la naturaleza humana; y han seguido y debido seguir un desenvolvimiento paralelo, el desenvolvimiento de las facultades intelectuales y afectivas de la humanidad. A cada nuevo progreso de la inteligencia y del sentimiento, descubriendo la primera causas naturales y permanentes de los fenómenos ajenos á toda intervención voluntaria directa y especial, y elevándose los segundos á la pureza de afecciones desinteresadas por el hábito de asociaciones pacíficas y tranquilas; á cada una de esas eta-